

Una selva tan infinita

La novela corta en México (1923-2017)

Volumen IV



EL
ESTUDIO

Una selva tan infinita

La novela corta en México (1923-2017)

Volumen IV



COORDINACIÓN
GUSTAVO JIMÉNEZ AGUIRRE

EDICIÓN
GABRIEL M. ENRÍQUEZ HERNÁNDEZ,
GUSTAVO JIMÉNEZ AGUIRRE Y RAQUEL VELASCO

ÍNDICE ONOMÁSTICO
BRAULIO AGUILAR VELÁZQUEZ

TEXTOS DE DIFUSIÓN CULTURAL
SERIE EL ESTUDIO
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL



DIRECCIÓN DE LITERATURA
MÉXICO, 2019

Primera edición: diciembre de 2019

Diseño de portada: Gabriela Monticelli

DR © De la compilación: Gustavo Jiménez Aguirre y los editores.

DR © De los artículos: cada uno de los autores compilados.

DR © Universidad Nacional Autónoma de México

Av. Universidad 3000, Ciudad Universitaria,
04510, Ciudad de México, México.

ISBN: 978-607-30-2931-5

ISBN de la serie: 968-36-3758-2

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México

I. NOTICIAS (IN) CIERTAS DESDE LA FRONTERA

A LO LARGO DE UNA NOVELA CORTA

ANA GARCÍA BERGUA

Agradezco mucho el honor de que se me invite a escribir sobre la novela corta, un género que disfruto desde que leí *La metamorfosis* de Franz Kafka o *El extranjero* de Camus, el del relato largo de una sola historia que se empeña, como un tronco obstinado, en su propio asunto, como aquellos árboles vertiginosos y esbeltos de las montañas de clima frío, de ramaje corto, que concentran toda su energía en llegar al sol en lo más alto. La novela corta, literalmente, no anda por las ramas. Como el cuento, va a lo suyo aunque se extienda un poco más, bastante más en realidad, como esos espectadores que, terminada la película, siguen sacando infinitas conclusiones respecto a la historia contada.

Debo decir, sin embargo, que nunca he intentado deliberadamente la novela corta, así como muchas veces no sé exactamente qué tipo de narración es aquella que comienzo a escribir. En realidad, siempre he sentido que son las historias y los personajes los que piden el cuento, el relato o la novela, los que según su naturaleza buscan una forma que les permita mostrar lo que tienen que mostrar. La extensión de un relato, por lo menos desde el punto de vista de la escritura, me parece hasta ahora algo aleatorio, algo que, en rigor, no depende de mí: eso que comienza como un cuento puede terminar como una novela, una historia pretendidamente

novelesca puede terminar perfectamente expresada en una concentrada greguería. En realidad no importa. Incluso la elección del narrador, las voces, los puntos de vista, a mi modo de ver, están más al servicio de la obra o de lo que yo llamaría “hacer que explote” la historia, es decir, que la historia desarrolle sus posibilidades, sus alcances, de la mejor manera posible. Así, cuando las circunstancias me fuerzan a especificar qué tipo de obra estoy escribiendo o voy a escribir, si una novela o una serie de relatos sobre esto y lo otro, siempre advierto que todo eso puede cambiar: uno no sabe lo que puede aparecer en el camino de la escritura, ese es el chiste. Y si ya lo sabe, quiere decir que está perdido: escribir así es como hacer turismo, ir siempre al mismo lugar, parar en el mismo hotel, tomar el tren o el autobús que todos sabemos. Al final, elogiamos la ruta y los servicios de transporte sin haber visto el lugar que pisamos. Mucha novela policiaca está escrita de manera turística y los lectores lo agradecemos pues sabemos qué esperar, como cuando compras un paquete vacacional.

Sin embargo, me cuesta escribir así. Varias novelas y cuentos de mi autoría han comenzado escritos de cierta manera y pasaron por una reescritura en ocasiones radical, en la que no sólo cambiaron los elementos tradicionales que los constituían, sino la época en que estaban narrados, los personajes e incluso la propia historia. Hay algo que estamos buscando, algo incluso más allá de la escritura como materia, cuya búsqueda, en un momento dado, transforma a la propia escritura en arcilla, en algo que puede perder su forma para cobrar otra, la que realmente le pertenecía. Una vez leí que el gran Philip Roth contaba que tenía que escribir cien páginas para saber de qué trataba su novela antes de comenzar a escribirla. Esa frase me inspiró. No siempre escribo cien páginas antes de empezar una novela, desde luego, pero tampoco pienso que escribir cien páginas y luego tirarlas para comenzar de nuevo sea un desperdicio de tiempo o señal de impericia; por el contrario, esas cien páginas desechadas fueron necesarias para escribir las que siguieron. Quedan, por así decir-

lo, como un pasado fantasma, un fondo rico y oscuro detrás de la obra; al final, de alguna manera estarán ahí y la página perfecta de Flaubert no sufrirá ninguna merma por ello.

Admiro mucho a los escritores capaces de concebir todo un andamiaje y una estructura de principio a fin antes de ponerse a escribir, pues son algo así como grandes cartógrafos o grandes arquitectos. De hecho, cuando damos talleres de novela es inevitable no plantear, como cuestión de método, que se escriba una primera estructura de la novela antes de comenzar. Sin embargo, yo prefiero escribir un poco a ciegas, tener, eso sí, un punto de vista y una idea vaga de hacia dónde me dirijo (un momento, el encuentro entre unos personajes, un lugar) pues saber todo lo que sucederá me desanima, me apaga el entusiasmo como cuando a uno le cuentan el final de la película. Al cabo de un tiempo de escribir a ciegas descubro el camino que debo seguir para encontrar aquello que estaba en el fondo de toda esa búsqueda, lo que me inquietaba realmente, pues en general escribo para saber; saber qué se trae entre manos esa historia que por alguna razón me interesa contar, ese gesto, esos personajes. Saber de qué se trata mi novela o mi relato, soltar la sopa en serio. Hay ocasiones en las que uno habla de ciertas cosas creyendo que habla de otras, y la escritura es también, un poco como la poesía, una manera de descubrimiento interior. Prefiero descubrir eso que voy a contar a través de las palabras y después pienso en la estructura, las voces, los tiempos, los personajes, el punto de vista, el ritmo y el orden de los capítulos, pues gran parte de la escritura se trata de corregir: primero parimos al niño, después lo vestiremos. Sé que es un pésimo método para construir puentes o edificios; afortunadamente, una novela no es un puente ni un edificio, aunque en ocasiones pueda parecerse a ellos.

Escribí un libro de relatos que se llama *Edificio*, por cierto, y algunos personajes se colaron en varios de ellos, como si fuera una pequeña novela. Por eso, *Edificio* es un libro un poco híbrido, sin género definido, ni una novela, ni un libro de cuentos estrictamen-

te. Quizá, sí, *Edificio* es un edificio, construido desde las voces y las historias, esos ecos que uno escucha en el cubo de las escaleras en su cabeza. Nunca pensé en lo que sería; tenía, como siempre, una idea general, el mínimo necesario para echarse a andar.

Creo que he escrito un par de novelas cortas. No tanto *El umbral*, como podría suponerse por su longitud un poco engañosa, pues posee muchas pequeñas tramas y personajes, sino quizá *Púrpura*, escrita desde un solo punto de vista, siguiendo una sola línea narrativa. En su origen, *Púrpura* era un cuento, un ejercicio. Trataba de un muchacho de pueblo chico que visita a su primo en una ciudad. El juego consistía en que el testimonio admirado del muchacho nos diera a entender, bajo su grandilocuencia, que la vida del primo era perfectamente banal y pequeña, agrandada sólo por la admiración del narrador. Quería jugar con la mirada de Artemio y sus tendencias románticas, sus lecturas y sus deseos, como una especie de Bovary en hombre. El asunto fue que la voz de Artemio me sedujo, tanto como los encantos de su primo Mauro, y me dejé llevar. ¿Debería haber planeado una estructura perfecta del ascenso y caída de Artemio en la gran ciudad? No hubiera escrito *Púrpura*, por lo menos hubiera perdido ese encanto que, considero humildemente, es lo que la puede sostener como novela.

Debo confesar que escribí *Púrpura* un poco como posesa, tratando de escuchar la voz de Artemio González, su protagonista y narrador, que imponiéndole cosa ninguna. Claro que detrás de Artemio hay un narrador malicioso que transparenta sus contradicciones y sus falsas inocencias (ese juego del que hablaba), pero sin tenerlas presentes hubiera sido imposible hacerlas. Me gustó tanto Artemio que me concentré en su historia y hasta le otorgué una especie de *happy ending* fuera de las convenciones del melodrama romántico en las que él vive. Lo escuché a él y solamente a él como, toda proporción guardada, Camus escuchó a Meursault, y el resultado fue una novela corta. En un encuentro de escritores, alguien dijo como crítica, que escribir así era hacer-

lo como si Dios te hablara, y yo admito que en realidad sí, Dios le habla a uno cuando escribe narrativa. Literalmente escuchamos voces, esa voz que tanto se ha dicho que es la del narrador y que es una voz que no es la voz del escritor. Esa voz se puede analizar como una impostura, una construcción, un anacronismo, un viejo sostén de deseos más bien flotantes y una serie muy larga de teóricos etcéteras, pero pienso que la experiencia del que escribe o por lo menos la mía es, literalmente, la de un escucha. Un escucha interesado, desde luego, un escucha morboso y truculento, algo tramposo, pero un escucha. Así, si alguna técnica tengo y he tratado de perfeccionar, es la de escuchar a los personajes, a las voces narrativas y saber cuándo mienten o no a partir de su identidad. También saber cuándo uno mismo miente, creo que es importante, o cuándo uno se acomoda en algo que conoce, como los turistas en el autobús preferido. De eso hay que saber escapar para ir un poco más profundo, tratar de escribir desde una incomodidad perpetua, desde una sabia ignorancia donde las cosas se revelan de una manera desconocida. El trabajo en la forma llega después.

Pero hablamos de la novela corta. ¿Qué es la novela corta?, ¿cómo escribimos novelas cortas? En mi caso, es escribiendo cuentos que se alargan o novelas a las que les recortamos tramas innecesarias. A la novela corta, como al cuento, como a la novela gorda y detallada, en mi caso, se llega. El punto de partida será siempre la escritura como invención.